

**¿Los nuevos trabajos serán para todos y todas?**

**Empleo y desigualdades de género en tiempos de coronavirus**

# El “futuro” del trabajo, de pronto, como si ingresáramos en una película de ficción, se ha convertido en presente.

Alma Espino

Uno de los primeros y grandes impactos de la pandemia provocada por el coronavirus, así como de las medidas preventivas para evitar su propagación, ha sido el de mostrar con enorme nitidez las desigualdades sociales y económicas, la pobreza, el deterioro de las políticas públicas de salud o su carencia, y el conjunto de desafíos que tenemos por delante. Respecto a las medidas de prevención, existe cierto consenso en que el distanciamiento social, la cuarentena - incluso la de carácter obligatorio-, serían algunas de las más efectivas. El hashtag #quedateencasa opera como palabras mágicas a las que todas las personas podemos apelar y debemos obedecer para no enfermarnos o morir. Pero, ¿el conurbano de Buenos Aires puede hacer cuarentena? Las ollas populares en Uruguay cumplen con alimentar en forma solidaria a quienes lo necesitan, pero llevándolas adelante se rompen varias, sino todas, las normas de seguridad sanitarias.

¿Quién puede hacer cuarentena? ¿Quién puede quedarse en casa, como nos dicen todos los canales de TV en América Latina? En los ámbitos nacionales, tomar este tipo de medidas

supone definir previamente cuáles son los puestos de trabajo imprescindibles para el funcionamiento de la sociedad y, en la medida de lo posible, de la economía. También supone determinar cuáles son los empleos que se pueden desempeñar desde los hogares y, de manera muy importante, cuál es la situación de la protección y la seguridad social con la que se cuenta para que el país pueda soportar y sostener estas medidas.

El COVID-19 ya tiene efectos sobre la economía mundial y la de cada uno de los países, con consecuencias graves en el corto y el largo plazo tanto en la oferta como en la demanda a nivel agregado y sectorial. Estamos frente a un proceso de quiebras de empresas, de reducción de la inversión privada, menor crecimiento económico, menor integración en cadenas de valor, deterioro de las capacidades productivas y del capital humano, mayor desempleo, menores salarios e ingresos. En consecuencia, es lógico estimar que la pobreza y la pobreza extrema irán en aumento.

La intensidad y profundidad de los impactos generados por estos hechos dependerán de las condiciones internas de cada economía, de la evolución del comercio mundial, de la duración de la epidemia y de las medidas sociales y económicas que se tomen para prevenir el contagio. En principio, los organismos internacionales ya están revisando a la baja la tasa de crecimiento de la economía mundial. El volumen del comercio internacional que en 2019 había caído un 0,4% en el caso del intercambio de bienes [1] , seguramente se contraerá nuevamente. Y esta

contracción tendrá un efecto sobre las cadenas globales de valor, acrecentando la tendencia que se venía observando al acortamiento de estas cadenas [2] . Esto repercutirá fuertemente en el nivel de empleos y salarios. Por tanto, aunque la problemática es planetaria, las decisiones de política tanto en el plano económico como sanitario estarán inevitablemente ligadas a las condiciones de cada economía y cultura. Así, definir cuál será la nueva configuración de nuestras sociedades también dependerá de las condiciones previas, estructurales, de cada uno de nuestros países.

Si bien todo el mercado laboral se está viendo afectado -tanto en los países de nuestra región como en el resto del mundo-, hay diferencias según sectores y tipo de relaciones laborales. En los países de América Latina conviven pasado y presente, bolsones de modernidad y grandes porciones de población que no pertenecen al mercado laboral asalariado de los libros de texto;

esos sectores, muchas veces, no cuentan con protección social, subsidio por desempleo o por enfermedad, y aun en los casos en los que estos subsidios existen resultan absolutamente insuficientes para superar largos períodos de inactividad. Para sociedades con estas características, los impactos de la pandemia están siendo devastadores en términos de desarrollo. Nuevamente, se habla de años de desarrollo perdido.

El desempleo y el subempleo están aumentando; esas tendencias se intensificarán porque se está reduciendo la calidad del trabajo (disminución de salarios y menor

acceso a la protección social). La pérdida de ingresos laborales se está traduciendo en un menor consumo de bienes y servicios, pudiendo llevar a una parte de la población a situaciones de pobreza.[3] La crisis tendrá mayores impactos en ciertos segmentos más vulnerables, como el de los trabajadores y trabajadoras desprotegidos y migrantes, con los consiguientes aumentos en la desigualdad (OIT 2020).

En particular, el empleo femenino se verá fuertemente perjudicado en los puestos de trabajos asociados al comercio exterior, particularmente en aquellos eslabones de mayor precariedad de las cadenas globales de valor en los que suelen ubicarse las mujeres. A ello se agrega la caída de la actividad -tanto por el distanciamiento social como por el cierre de fronteras- en los sectores que tendieron a perjudicarse en primer lugar por estas medidas, tales como los servicios, el comercio y el turismo, en los que hay gran número de trabajadoras mujeres.

Por su parte, la segregación laboral determina una alta participación laboral femenina en el sector de la salud [4] . El aumento de demanda en los sistemas de salud ha dado lugar a extensas jornadas laborales y al riesgo de estar más expuesto al contagio del virus, y eso afectará, especialmente, a un gran grupo de trabajadoras. A su vez, las mujeres que trabajan en este sector continúan teniendo a su cargo a personas dependientes o que necesitan cuidados en sus hogares, todo lo cual aumenta sus sobrecargas de trabajo y estrés.



La crisis sanitaria y económica que atravesamos está acelerando algunos cambios estructurales relacionados con la llamada Revolución 4.0 (vinculada a la automatización de las tareas y el uso de inteligencia artificial en el campo productivo-laboral), y extendiendo sus impactos a otros ámbitos. El distanciamiento social y la cuarentena han impulsado el aumento de consumidores por internet, incluso por parte de quienes nunca habían utilizado este tipo de mecanismos; el aislamiento lleva a que la comunicación y el intercambio aumenten a través de las redes sociales. También actividades de entretenimiento aumentaron el uso de internet -el consumo de Netflix y Prime Video se duplicó- y buena parte de la enseñanza se brinda mediante sesiones virtuales organizadas por Zoom (Illouz 2020).

Finalmente, la cuarentena, confinamiento o distanciamiento social han cuestionado dos aspectos cruciales de la vida en sociedad tal como la conocíamos hasta fines de 2019. Estos están relativamente relacionados con la revolución tecnológica que atravesamos y el futuro del trabajo, y con algunas de las preguntas que nos hemos venido haciendo en los últimos años. Todos los estudios o investigaciones parten de algunas interrogantes tales como: ¿habrá trabajo

para todos y todas quienes quieran o necesiten trabajar? ¿Qué tipo de trabajos y en qué condiciones? ¿Cambiarán las relaciones laborales como las conocemos?

El teletrabajo, los trabajos en plataformas digitales, pero, en general, todas las actividades que puedan deslocalizarse del lugar de trabajo colectivo y fijo -tendencia que venía avanzando-, ya se ve que podría prevalecer en más sectores de producción y servicios, y en más regiones. Las empresas y los países que dispongan de mayor avance tecnológico podrán aumentar sus ventajas en relación con las empresas y países que se hallen atrasadas, en particular las MIPYME (CEPAL 2020b).

La preocupación porque haya empleo para todos se justifica porque es la principal fuente de ingresos y, por lo tanto, la forma de asegurarse al menos parte de la sobrevivencia en la

sociedad capitalista, pero también está relacionada con un paradigma que responde a la cultura dominante. Este se traduce en que el trabajo remunerado se asume como el eje que estructura la vida de los seres humanos. Las feministas pensamos que, para las mujeres como colectivo, esto no es ni ha sido precisamente así. Las mujeres hemos estructurado nuestra vida, nuestros horarios, nuestras trayectorias, nuestros deseos, en función, principalmente, de las tareas domésticas y de cuidados en nuestros hogares y en la comunidad más próxima, respondiendo a todo aquello que la cultura patriarcal espera de nosotras. A todo ello hemos sumado las tareas remuneradas, casi como advenedizas, en un mercado laboral pensado y

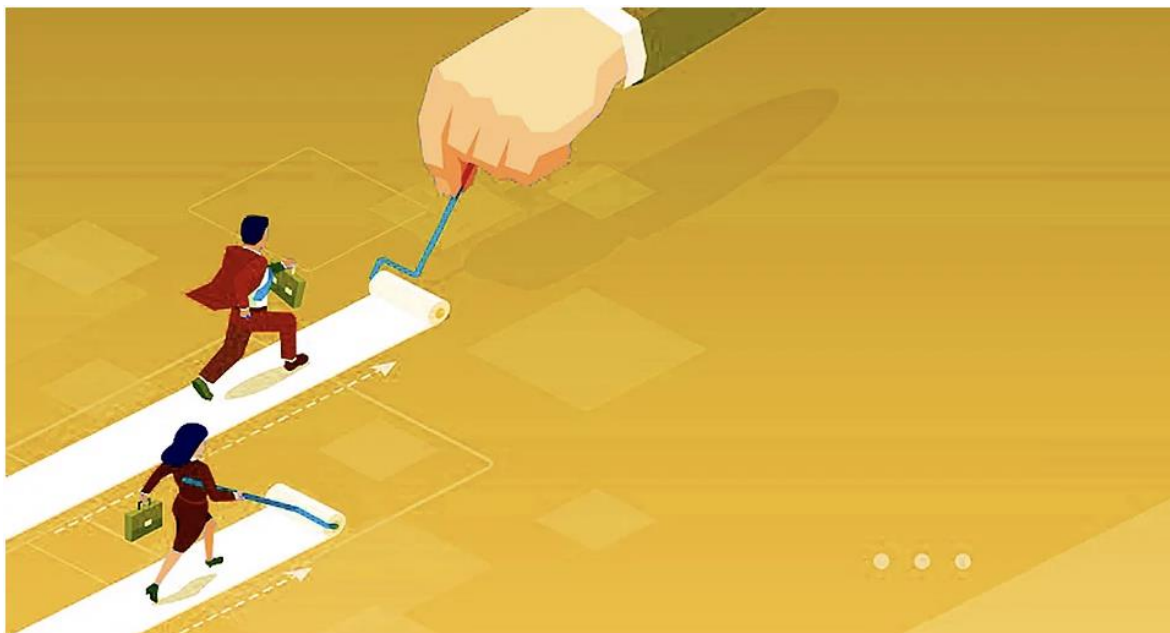
organizado por y para los hombres. Por lo tanto, nos encontramos siempre en medio de la tensión entre familia y empleo, entre familia y mercado, entre la culpa y los objetivos y deseos personales.

¿Los nuevos trabajos/empleos serán para todos y todas? La experiencia que estamos pasando puede resultar en que las dificultades para emplear mano de obra debido a las restricciones sanitarias terminen fomentando la inversión en automatización y robótica [5] , pero también en que los trabajadores que cumplen con servicios de entrega de productos (“delivery”), normalmente jóvenes, sin protección social, migrantes, (“que molestan y perturban con sus motos y bicicletas al “normal tráfico de autos””) se conviertan en imprescindibles... De todos modos, seguirá existiendo un conjunto de trabajos -principalmente aquellos ligados a los cuidados-, que solo son concebibles en manos de seres humanos.

¿Será posible conciliar los tiempos de la vida y del mercado? ¿Los cambios en el mundo del trabajo remunerado facilitarán la corresponsabilidad en el trabajo no remunerado entre varones y mujeres? Las mujeres, durante este período y debido a las medidas de prevención de forma remunerada o no remunerada, absorben la mayor carga de cuidados. En los hogares, debido a la organización de la reproducción social, las mujeres dedican diariamente el triple del tiempo al trabajo doméstico y de cuidados no remunerados en comparación con el que dedican los hombres a las mismas tareas, y son, básicamente, las responsables de niños y niñas[6]. Por



tanto, lo que resulta de todo esto es la sobrecarga de tiempo de trabajo para las mujeres, lo cual se agrava en hogares de menores ingresos en los que, al tener más dependientes por hogar, las demandas de cuidados son mayores.



[1] Debido a la progresiva acumulación de barreras comerciales desde principios de 2018 (principalmente entre los Estados Unidos y China). Página 4, CEPAL 2020

[2] La crisis económica de 2008-2009 produjo la fusión o el acortamiento de varias cadenas de valor (es decir, se redujo la segmentación de la cadena de valor e incluso se excluyó a algunos países de ella). [https://www.wto.org/spanish/res\\_s/booksp\\_s/aid4trade13\\_chap3\\_s.pdf](https://www.wto.org/spanish/res_s/booksp_s/aid4trade13_chap3_s.pdf)

[3] En 2019 el crecimiento promedio fue apenas 0,1% y estimándose para 2020 un magro 1,3%. El desempleo de 8,1% en 2019 pasaría a 8,4% en 2020.

[4] Según datos de CEPAL (2020b) las mujeres representan el 72,8% del total de personas ocupadas en el sector de la salud.

[5] Algunas empresas de alta tecnología ya han aumentado el uso de herramientas de inteligencia artificial para enfrentar la falta de trabajadores por las cuarentenas (CEPAL 2020<sup>a</sup>)

[6] Al 23 de marzo de 2020, alrededor de 154 millones de niños, niñas y adolescentes se encontraban temporalmente fuera de las escuelas cerradas a causa del COVID-19. CEPAL 2020

## Referencias

OIT (2020), “Covid-19 y el mundo del trabajo: repercusiones y respuestas

Illouz, E. (2020) El coronavirus y la insoportable levedad del capitalismo.

CEPAL (2020b) La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe.

CEPAL (2020<sup>a</sup>) América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19. Efectos económicos y sociales. Informe Especial COVID-19. N°1.

[https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45337/4/S2000264\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45337/4/S2000264_es.pdf)